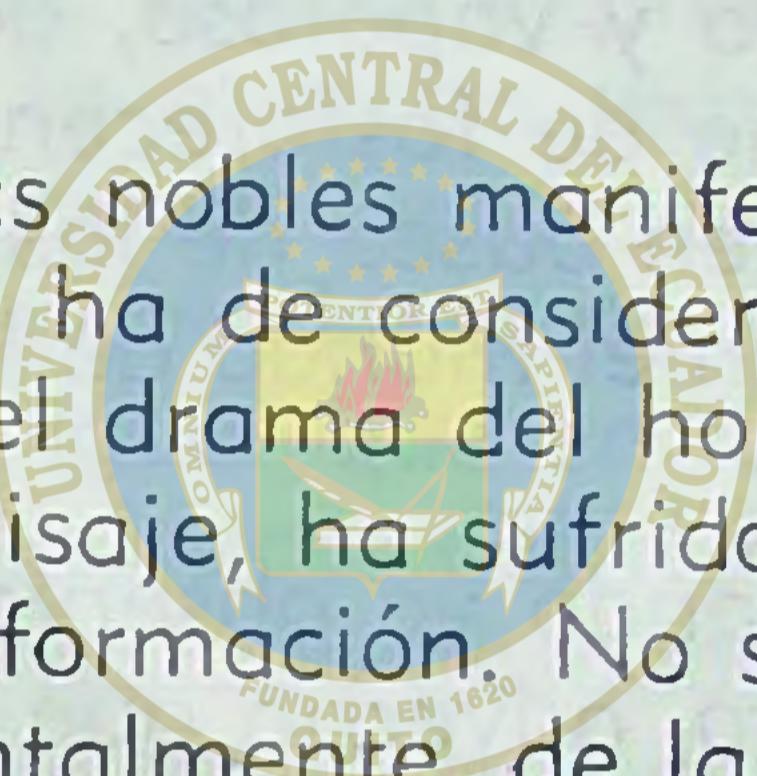


EDUARDO LEDESMA MUÑOZ

X JOSE ENRIQUE GUERRERO, O LA NUEVA RUTA LUMINOSA



Una de las nobles manifestaciones del arte universal, la pintura, que ha de considerarse siempre como la expresión plástica del drama del hombre y de los elementos, del medio y del paisaje, ha sufrido en los últimos tiempos una profunda transformación. No sólo de las técnicas y estilos, sino, fundamentalmente, de la concepción temática y de su lenguaje expresivo. No sólo es transfiguración del clima humano, donde viven y padecen las criaturas; es creación de un submundo plástico, abstracto, cerebral y frío, del cual está ausente todo resollo humano. Al pintor parece interesarle solamente el toque puro y hasta lírico del color, el arabesco geométrico enrevesado, que nos oculta con intención deliberada su mensaje, como para hacernos sufrir y gozar de nuestra ignorancia. Pues ese mundo desconcertante de valores puros, con evidente aversión al más leve indicio de todo objetivismo, a veces cruza por nuestra conciencia como algo esquemático, deshumanizado —línea, plano, geometría pura de la forma—, sin hábito de vida ni fuerza creadora. El arte tiene que nacer de lo humano y volver hacia lo humano, si consideramos al hombre como raíz y radical de todo valor.

En nuestro país, el Ecuador, la pintura abstracta ha tenido y tiene escasos cultores. La mayor parte de nuestros artistas han enfocado el drama plástico con mayor sentido humano, dentro de las diferentes posiciones estéticas que haya tomado en el ámbito alucinado y alucinante de la creación pictórica.

En buena parte, la posición de nuestro pintor está condicionada por la realidad de un medio donde la forma so-

cial y humana se dibuja con caracteres lacerantes, como secuela de un coloniaje abyecto, que se deja sentir todavía con toda su fuerza.

De esta realidad inmersa el pintor extrae constantemente su temática como de una cantera inagotable, y, al hacerlo, busca simultáneamente la forma remozada y nueva de expresión.

José Enrique Guerrero ha sufrido una honda transformación dentro de su mundo estético; lo que abona ciertamente por la integridad de su arte. No puede ser considerado como verdadero esteta aquel que permanezca ausente del drama angustioso de la creación. El arte le ofrece siempre un mundo alucinado y vaporoso, donde los símbolos se ocultan en una especie de fosforecencia onírica. Es allí donde bucea el espíritu, en busca de las esencias verdaderas que ha de incorporar en el mundo de la realidad plástica.

Hasta ayer no más, cuando yo observaba una exposición de José Enrique Guerrero, advertía que su mensaje pictórico se orientaba siempre en torno a los mismos temas: la captación de rincones y motivos típicos de Quito, del Quito llamado colonial. Y para expresarlos —muchas veces con innegable acierto— siempre ponía al descubierto una paleta sombría, donde la gama de grises y violetas dejaban aprisionado su acento penumbroso.

En la Exposición última he observado una muestra diferente. Expresa una realidad estética nueva. No solamente en lo que concierne a la técnica de ejecución y al logro de la composición, mediante la perfecta armonía del color y de las formas expresivas, sino al hecho evidente de haber ampliado y universalizado la perspectiva del mundo.

Acerquémonos mejor al primer punto. En realidad se destacan una fuerte y rica cromática, donde los tonos suaves y brillantes juegan en contrapunto con los grises de su primera etapa, transfigurando la atmósfera interior de su obra como en las catedrales góticas. Alguna reminiscencia de Van Gogh, tal vez de Watteau y de los coloristas de la Escuela francesa del XIX, a los cuales está más cerca Guerrero que a los clásicos de la Escuela veneciana, de inspiración clásica, es lo que se percibe de primer momento. Allí están los bermellones cálidos, los ocres encendidos, la profusión de sus anaranjados y verdes, haciendo juego con los

colores fuertes, el azul, el gris oscuro y la gama de mixtos terrosos.

En cuanto al segundo aspecto, la búsqueda de nuevos motivos amplía el campo de su visión estética, yendo de la ciudad al campo y a la selva, donde penetra con los sentidos y la imaginación azuzados, dispuestos a captar no sólo la realidad material del hombre y del paisaje sino, lo que es más importante, las ocultas palpitaciones de la jungla milenaria llena de voces, de sombras, de visiones fantásticas que se despiertan como a través de un sueño primitivo y misterioso.

Sin embargo, quiero expresar aquí otra verdad innegable. Dentro de la muestra exhibida por José Enrique Guerrero, hay unos pocos cuadros mal estudiados y, por lo mismo, no resueltos debidamente. Nótese, por ejemplo, en **Venta de Ropa**, al igual que en otros pocos, cómo el oscuro plumbeo de los pórticos del templo, al igual que el del selaje, resultan demasiado pesados y rompen la armonía de la composición. Desentonan, además, con la gama suave de las vendedoras y sus muestrarios, en donde Guerrero revela una riquísima paleta, de igual manera que ese río humano que desfila por la estrecha callejuela.

Personalmente, yo prefiero de la muestra, por la euritmia clara del color, la dinamia y soltura de las formas, la técnica puesta de manifiesto en el cabado, los cuadros titulados **Habitantes de la Selva**, **Expresión de la Selva**, **La Bruja**, en los que el espejismo mágico de la jungla —en su manifestación humana, vegetal y animal— se resuelve con una cromática brillante, de tonos cálidos y fríos en bien lograda armonía.

Como una fiesta de color —pirotecnia luminosa de azules, verdes y amarillos proyectados en un haz que se abre como un abanico en la altura— tenemos el cuadro **Muncha**, en el que el pintor expresa su emoción lírica con un perfecto equilibrio de los tonos.

Las Bailarinas es otro cuadro que se impone por su vigorosa expresión plástica. Los cuerpos de las bailarinas negras contorsionan sus formas en una danza frenética, cargada de sensualismo, como en un ritual pagano, donde campean bellamente, los rojos y ocres cálidos acentuando la tónica del motivo.

Igualmente se destacan por el estilo y la técnica de la composición, admirablemente resuelta, los cuadros **Calles**

de Quito, San Agustín, Santo Domingo y, sobre todo, Mi Barrio, de luminosa evocación poética, en los que el juego de luces y sombras, acentuadas por los colores fríos, le dan una belleza singular; temas estos últimos que han sido de la predilección del pintor.

En el cuadro **Orígenes**, Guerrero representa su idea de la formación del mundo. Una nebulosa cósmica con el núcleo central inflamado se expande por el espacio dando origen a la formación de la tierra. Predominan los grises densos y opacos como para darnos la noción de algo oscuro que se pierde en la inmensidad del tiempo y del espacio. Inquietante motivo que nos dice bien claro del drama que agita por momentos su conciencia de artista.

Finalmente, para referirme a los cuadros, para mí, más notables de toda la muestra —sin que esto implique el señalar fronteras rígidas a su producción estética— me referiré solamente a **Flor Solitaria**, motivo tomado del natural: la flor del cactus, que se abre como una enorme campanula blanca, expresando una nota de lírica imponente belleza; y a su estudio **Cabeza de Pintor**, en el cual Guerrero expresa el drama angustioso de la creación estética. Insinúa bastante bien, con líneas y movimientos ondulatorios, la lucha por aprehender las ideas eternas de la belleza.

José Enrique Guerrero ha demostrado, por sobre todo, ser un pintor honrado; le inquietan y apasionan los nuevos caminos que descubre, y se lanza resueltamente tras ellos, tratando de descubrir nuevos valores para incorporarlos a su caudal estético. Trabaja disciplinada y silenciosamente. Y es por eso que nos va dando una obra cada vez más lograda, de valor permanente, que estará llamada a perdurar en el patrimonio artístico de nuestro pueblo.